

Conservar y renovar: dilemas de la evaluación científica

Dora Barrancos

Buenos días a todas y a todos, muchísimas gracias a esta “congregación” platense que nos invitó a participar en este acto. Desearía demorarme en dos aspectos antes de ingresar a la cuestión que nos convoca, el proceso de evaluación. En primer lugar me gustaría insistir en la idea de que todas las ciencias son sociales, no hay ninguna ciencia que esté fuera de lo social, en el espacio galáctico externo. La probeta es social, las ideas que se intercambian en el laboratorio son sociales, y tal como evidenciaba Knorr-Cetina (2005), un laboratorio está compuesto casi en el noventa por ciento de cultura, esto es, se trata de mallas sociales. Queda poco de naturaleza, hasta los animales de laboratorio están cultivados, genéticamente intervenidos y son producto de la saga social del conocimiento. Esta es la primera cuestión que deseo plantear.

La segunda es algo más peliaguda, y es cómo se divide el conocimiento en objetos diferenciados. Es muy difícil seguir sosteniendo el concepto de “Ciencias Exactas y Naturales”, ¿cómo subsiste?, ¿se justifica todavía? Ciencias Exactas y Naturales se sigue llamando a un vasto número de especialidades diferenciándose sobre todo de las Ciencias Sociales. Se trata de de un problema epistemológico que a menudo se revela como enfrentamiento entre duras y blandas que con propósito metafórico se refiere a la “objetividad y a la capacidad universalizante”. Porque hay algún núcleo todavía importante de aproximación entre las ciencias debido a los retos que ha colocado el construccionismo científico que contribuido a minar esos dos presupuestos. Evocaré a Héctor Maldonado, ¿quién no recuerda a Héctor Maldonado en las Ciencias Biológicas? Fue un gran biólogo argentino con pensamiento de izquierda que trabajaba la cuestión de la memoria en un grupo de insectos.

Solíamos disentir y también conciliar posiciones en la Junta del CONICET, y él reconocía: “No hay nada más parecido a la Historia que la Biología”. Pero tal vez lo más relevante hoy día resulten las grandes diferencias en los campos internos de cada disciplina. Biología presenta un arco que va desde lo taxonómico, que suele ser un área de no tan alta respetabilidad, a lo más consagrado en la escena científica contemporánea, la Biología Molecular. Estoy hablando de configuraciones que tienen también que ver con cierta externalidad de la ciencia, aunque no soy muy apegada a adoptar decisiones extremas entre aspectos externos e internos del conocimiento científico. Hay dos grandes tradiciones, una que sostiene que la ciencia está impulsada desde “afuera”, tal como dice la tesis impulsada por los *externalistas* de la ciencia, sobre todo de tradición anglosajona, cuya síntesis sería que la ciencia se constituye en razón de determinaciones sociales, y hay otra tradición que es especialmente francesa, que sostiene que la ciencia puede estar influida desde afuera, pero que en última instancia se debita a sí misma. En esta vertiente su forja es la de innovar conceptos, y los conceptos no son inmarcesibles, por lo tanto es muy difícil constituir -a la manera anglosajona- una historia evolutiva de los objetos de las ciencia, porque los conceptos que le conciernen son cambiantes. Voy a recordar lo que decía Bachelard, con respecto al concepto de energía contemporáneo: que nada tenía que ver con el antecedente de la luz de las cavernas...

¿Qué significa el proceso de evaluación? Evaluar es una tarea complejísima, no hay ninguna receta pronta y no hay especialistas en evaluación. Nos improvisamos como especialistas en evaluación, somos profesores y evaluamos exámenes, por lo que nos parece constitutivo del ser docente, y hacemos caracterizaciones del proceso de evaluación como si fuéramos expertos. Debe admitirse que hay consecuencias de enorme impacto en la vida de las personas, tal como es el de evaluar ingresos en los sistemas científicos, porque se trata de la vida de los otros. Siempre diré que hay profesiones que impactan directamente en la vida de las personas, la de un médico, la de un juez, y la de evaluador del CONICET [Risas]. Porque lo que hacemos tiene impacto integral, alguien ingresa o no ingresa al sistema científico, promueve o no promueve, entonces eso hace más compleja la deriva de nuestros actos. Debe pensarse que el proceso de evaluación actual del CONICET no se basa en el eje Ciencias Exactas y Naturales vs. Ciencias Sociales y Hu-

manas, como ocurría en el siglo pasado. Puede haber rémoras mentales, pero no hay cómo no admitir que todos los conocimientos son importantes para la sociedad, y como científicos sociales estamos aún más obligados a interpretar lo que entraña cuando se conquista mayor soberanía tecnológica. Entonces no se pueden tener cálculos del tipo, **nosotros vs ellos**. Esa oposición conflatoria es simplemente estúpida. Debemos celebrar que hoy tenemos varios grupos de investigación que producen patentes muy significativas, esto es un dato singular que revela creación y mayor impacto, posibilidad de generar mejor calidad de vida. Al final eso es lo que esperamos de la ciencia. Es cierto que no siempre la tecnología significa mejor calidad de vida, no podemos ser irreflexivos y caer en ciénagas alienadas; no es seguramente necesario que recuerde que hay escuelas del conocimiento social que han analizado este problema que por cierto no debe ser abandonado en nuestras cuencas.

Deseo afirmar que no estoy de acuerdo con el régimen de división entre Básicas y Aplicadas; me parece que esta dicotomía es anacrónica. ¿Qué hace una historiadora de género, “básica o aplicada”? Permítanme hacer un acto autoreferencial; la verdad es que, quienes trabajamos en Historia, sabemos que estamos impelidos por el presente. Se trata de un dictado conceptual contenido en varias escuelas historiográficas, es decir, no se trata del pasado por sí mismo porque la historia es interpelada por el presente. Cuando analizamos las relaciones de género del pasado es evidente que nos deparamos con el problema de la identidad sexual, con la humillación de las personas a causa de su sexualidad, y por eso nos proponemos interpretar el proceso histórico que contextúa las condiciones que han hecho posible esas humillaciones. ¿Qué pretendemos al realizar esas interpretaciones? Que nuestro análisis impacte sobre la vida presente. Queremos evidenciar que ciertos mecanismos valorativos son sólo históricos, que no están inscriptos más allá de las culturas asegurándoles que son irreatables, y con esto demostramos que pueden cambiarse. En suma, deseamos influir para conquistar una sociedad más democrática. Las cuatro más impactantes leyes últimas en torno de la democratización de la vida argentina, tienen que ver también con la intervención de la vida académica. Debe haber, antes que nada, agencia por derechos -sin lo cual no hay conquista de prerrogativas-, y también reflexión académica. La academia argentina ha estado muy atenta a los derechos planteadas por la agencias de los propios actores, de la misma manera que ha prestado

mucha atención a la pobreza. No hay duda de la contribución académica a la Ley de matrimonio igualitario, al efecto que tuvo el documento firmado por investigadores e investigadoras del CONICET y colegas de las Universidades; a los análisis relacionados con la divergencia de género que abonaron la Ley de identidad de género, a las producciones que facilitaron la conquista de la Ley contra todas las formas de violencia contra las mujeres, y la reciente modificación de la ley sobre trata. En suma, las y los científicos sociales y humanos hacemos aportes “básicos y aplicados” al mismo tiempo. Y luego viene lo transferencial que parece un agujero negro para la evaluación de todos los desempeños científicos, y sobre lo que deberíamos reflexionar, porque si bien es cierto que la institución CONICET atraviesa dificultades para valorar lo que se transfiere, estoy persuadida de que los mayores obstáculos son interpuestos por las y los propios científicos.

Un aspecto gravitante se refiere a los medios de publicación, no sólo por las formas que asume la colonización de otras ciencias, sino porque después de los acuerdos de Bolonia, también las cosas se modificaron en Europa. Allí las Ciencias Sociales han aceptado un aspecto que aquí resistiremos, me refiero al controvertido *factor de impacto*, que no creo que sea una adecuada medida calificatoria de los medios; de la misma manera que no creo, y lo voy a decir con todo respeto, que haya primero, segundo, tercer y cuarto autor en un proceso de producción científica por más especializado que sea el campo. De todas maneras debe reconocerse que hay formas de producción individual o más asociada que son inherentes, más que al campo, a los problemas. Hay objetos que requieren de un modo de producción determinado, y hay otros que solicitan modos diferentes y aún dentro de nuestros saberes, hay producciones más individuales o más cooperativas. Es cierto que en Biología siempre hay una cadena de correlación. La vida en un laboratorio es como la de la mina: se trata de una cadena de solidaridad, desde como se atiende el bioterio hasta el trabajo de experimentación. Su modo de producir parece “socialista”, pero es sólo una metáfora, pues no son por lo general nada socialistas las formas vinculares, debido a la atribución jerarquizada de las posiciones en los laboratorios. Nuestra producción es más individual, pero estamos obligados a los enunciados de pie de página, a decir que este trabajo no se pudo hacer sin ciertas contribuciones. Para nuestros cánones es un baldón firmar el paper con uno de nuestros discípulos o discípulas, una mala práctica que

en lo posible debe evitarse. De modo contrario, en el ámbito de la Biología, por ejemplo, las “ideas primigenias” constituyen un haber que siempre debe ser retribuido. Es bien conocido que la enorme mayoría de nuestros colegas de Ciencias Biológicas redactan los planes de trabajo de sus discípulos. Hay aquí una diferencia crucial con nuestras ciencias. A cualquiera de nosotros nos aborda alguien con deseos de investigar y sólo aceptamos dirigirlo cuando ha clarificado sus ideas, cuando ha delineado el objeto y le ha formulado las cuestiones que en rigor lo constituyen en objeto.

Seguramente no vamos a ponernos de acuerdo tan fácilmente sobre qué renovar, pero cada comunidad científica debe hacerlo. Las Ciencias Sociales y Humanas tienen cuestiones viejas que vamos a seguir defendiendo, de manera integral, como el valor de un libro propio. Se trata de un artefacto que no se va a alienar de ninguna manera en el mercado de la renovación de los valores de nuestros productos. Desde luego, hay contextos de significación para evaluar el libro, comenzando por su calidad intrínseca, la calidad editorial y demás atributos. Sin duda se inauguran otras discusiones, como cuando al tratarse de muchos autores los referatos los hacen los propios organizadores, y ahí comienzan los disensos, porque no se puede adulterar este aspecto; no podemos hacer una referencia indebida, falaz, sobre el referato. Lo que hay que sostener, en todo caso, es el valor del libro porque sus autores/as fueron especialmente seleccionados para la ocasión, con temas en los que efectivamente se especializan. Y enunciar de esta manera la selección es la única posibilidad de obtener respetabilidad por parte de las otras áreas del conocimiento.

Si hay que discutir entre lo viejo, que hay que conservar, y lo nuevo, debemos demorarnos en los medios que incontestablemente han crecido en la consideración del proceso de evaluación, me refiero a las revistas. Califican más, califican menos, es toda una discusión que no me parece que no se va a saldar ni con asambleas, ni con petitorios, sino que deben provenir de procesos consensuados, teniendo en cuenta el derrame notable del número de medios y los volúmenes de las aplicaciones. Este año ingresan al CONICET alrededor de ochocientos nuevos miembros, hay que saludar este acontecimiento que se ha repetido en esta década. El próximo año tendremos una masa seguramente mayor, pero será en todo caso considerablemente más amplio el rango entre el número aplicantes y el número de seleccionados. A menudo se escucha reclamar que el CONICET exhiba, dentro de los requisitos -como evidencia de la

entera “transparencia” del sistema- el número de artículos de revistas indexadas que deben presentar las/los candidatas. La verdad es que sería arbitraria entonces toda modificación a ese número, porque a menudo ocurre que transgredimos esos supuestos para hacer simplemente justicia: hay jóvenes que tienen menos papers, pero todos de altísimo nivel en revistas muy calificadas, y es este aspecto el decisivo. Cualquier exigencia numérica que obre como intraspionable afectará la justicia y equidad del sistema. Los atributos fundamentales que requiere el proceso de evaluación son percatancia y sensatez, y el CONICET debe hacer posibles esas condiciones de posibilidad para un buen desempeño evaluativo. Si el CONICET establece que son cinco el número mínimos de papers, las comisiones evaluadoras no podrán seleccionar a quienes tiene tres porque sería arbitrario con respecto a las normas del llamado.

¿Qué es privativo del proceso de evaluar? Creo que la subjetividad es regente, pero desde luego, le es imperativo el juego de las intersubjetividades. Pero comenzamos siempre con inclinaciones valorativas ex ante la objetividad, para conversar luego con los datos objetivos. Debería haber más profesionalidad en la evaluación, sabiendo que eso tiene un límite porque la profesionalidad no rendiría por completo las manifestaciones subjetivas.

Frente al cambio de los últimos años, que ha ido valorizando las publicaciones en revistas indexadas, las Ciencias Sociales no pueden resistirse alegando que en el cambio paramétrico lo único que importa es la circulación que pondera determinados estándares y que sobre todo los más jóvenes están alienados por esta procura. Lo que necesitamos son buenos medios, de mayor difusión y penetración, y también dejar de creer –como un acto de fe– que el libro es lo que más se lee. Defendemos el libro porque todavía representa la posibilidad de una mayor profundización de los análisis, y no para hacerlo un fetiche tradicional. No podemos negarnos a que los resultados de la investigación se muestren efectivamente en muy buenos medios; no podemos negarnos a que los jóvenes, sobre todo, sean los que más riesgo corran al apostar a revistas indexadas y bien calificadas. Y, desde luego, no sucumbamos a las diferenciaciones entre “ámbito internacional” y “ámbito nacional”, porque hay muy buenas revistas nacionales y también hay malas revistas internacionales, pero debemos saber que hay temas mercadológicamente mejor situados y hay otros temas que no tienen la misma suerte. En las Ciencias Sociales y Humanidades no podemos ignorar que el sistema bibliométrico in-

ternacional está profundamente afectado por juegos de intereses y tensiones de poder, pero eso no equivale a hacer desaparecer los esfuerzos por calificar los medios. Más allá de estas consideraciones, es necesario que las diferentes áreas científicas conozcan que los públicos de nuestras disciplinas son sobre todo las comunidades propias. Más del 70% de la producción académica de nuestro conocimiento se publica en las revistas del propio país y así ocurre en los países europeos y en América Latina ¿Por qué? Porque nuestros tópicos y nuestros públicos guardan ínsita relación. Nuestro conocimiento es esencialmente situado, ahí radica su objetividad y su capacidad de universalidad. No puedo terminar sin recalcar que la democratización de nuestro sistema, necesariamente ancla en la exigencia de calidad y en la porosidad sensata, una frontera abierta que no sea arbitraria, pero que, efectivamente, acomode mejor la lente de la evaluación para hacerla, si no más justa, al menos más equitativa.

Bibliografía

Knorr Cetina, K. (2005). *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructiva y contextual de la ciencia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.